

Pero si quiere la enemiga suerte
De nuevo hacer que encadenada llores
Antes que verte en servidumbre horrenda
Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana 1864.



NOTA

A propósito de mi composición intitulada : « *A Ofe-
lia Plissé* », creo necesario decir algunas palabras que
son indispensables en esta nueva edición de mis *Rimas*
y que no pudieron serlo en las anteriores porque aun
no existía el motivo que me obliga á escribir la presente
nota.

En el mes de Junio de 1865, me hallaba en Acapulco
cuando llegaron á ese puerto, de que estaba en pose-
sión todavía el gobierno republicano (que luchaba en-
tonces con la intervención y el llamado Imperio), los
jóvenes oficiales de nuestro ejército, Bernardo Smith
y Agustín Lozano, procedentes de Panamá y que se
dirigían á San Francisco de la Alta California para
buscar desde allí la manera de incorporarse al ejército
del Norte.

Los dos jóvenes, que eran amigos míos, permanecie-
ron algunos días en Acapulco en espera del vapor que
debía conducirlos á San Francisco. En ese tiempo me
refirieron las peripecias de su viaje desde México hasta
Panamá, atravesando la América Central, y se mani-
festaron agradecidos sobre todo al Sr. Miró, nuestro

cónsul en Panamá, y al Sr. Plissé, comerciante de ese puerto, por la acogida cordialmente amistosa que les dispensaron durante su permanencia en el istmo. Agustín Lozano que tiene especial gusto en regalar *albums* á las señoritas, pensaba proporcionarse uno muy elegante en San Francisco para enviárselo á la encantadora señorita *Ofelia*, hija del Sr. Plissé y una de las beldades con que se enorgullece Panamá. Me hizo prometerle que escribiría algunos versos en las primeras páginas y se lo prometí con gusto. Efectivamente, lo primero que hizo Lozano en San Francisco fué comprar un hermoso álbum y me lo envió á Acapulco para que escribiera, como escribí, la composición que figura entre mis *Rimas* con la dedicatoria « *A Ofelia Plissé* ». Y el álbum fué enviado á la bella joven, quien lo conserva desde entonces con aprecio, según me lo ha escrito su padre recientemente. Como conservé una copia de esos versos, la envié á *La Voz de México* y al *Nuevo Mundo*, periódicos mexicanos que se publicaban por aquellos días en San Francisco, los cuales la publicaron en Julio de 1865, siendo reproducida después por varios periódicos de la América del Sur. De uno de aquellos periódicos tomé la composición para insertarla en las *Rimas* cuando las publiqué coleccionadas por la primera vez.

Después de publicada la segunda edición, supe con cierta sorpresa que en un bello volumen que había publicado en París mi amigo el ilustrado escritor chileno D. José Domingo Cortés, con el título de « *Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano,* » estaba inserta mi composición, pero atribuida á la señorita *Mercedes Salazar de Cámara*, y

mutilada en su última parte en donde se revelaba que el autor de los versos era un hombre. Evidentemente el Sr. Cortés fué engañado. Alguno quiso, por un espíritu de travesura de muy mal gusto, enviar al empenoso compilador sud-americano estos versos, como escritos por una poetisa mexicana, y al efecto inventó el nombre de *Mercedes Salazar de Cámara*. Ahora bien: la señorita Mercedes Salazar de Cámara no existe.

Yo sentí que el Sr. Cortés hubiese sido víctima de un engaño, y tanto más cuanto que no lo merece por su empeño en hacer conocer en Europa nuestra literatura, y por su ilustración y bondad que le han hecho escribirnos frecuentemente pidiéndonos informes, apuntes y composiciones para publicar su *Diccionario de contemporáneos hispano-americanos*, su *América Poética* y otros libros. Él, pues, ha apelado á la buena fé de nuestros escritores. No merecía ser engañado.

Cuando llegó á México el tomo de las *Poetisas Americanas*, yo estaba en Jalapa, de paseo, y allá recibí la carta que publicó en el *Federalista* mi querido amigo el distinguido escritor Francisco Sosa, que hizo conocer desde luego el engaño sufrido por el Sr. Cortés.

La inserto en seguida, y siento haberme visto obligado á escribir esta nota con motivo de una composición que ciertamente no vale la pena, por ella misma, pero como comprenderán los lectores, sin una aclaración como la presente y siendo conocida la compilación del Sr. Cortés en toda la América latina, era preciso dejar bien sentada la paternidad que me corresponde, aunque se trate de una hija defectuosa é insignificante.

Hé aquí la carta del Sr. Sosa:



PLAGIOS LITERARIOS

CARTA ABIERTA A I. M. ALTAMIRANO

Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano.
Redacción del *Federalista*, Octubre 4 de 1875.

Muy querido Nacho:

En Abril del año actual, publicó en París el Sr. José Domingo Cortés, escritor sud-americano, un libro intitulado « Poetisas americanas, Ramillete poético del bello sexo hispano-americano ». Positivo deseo tenía yo de conocer esa obra, para ver, antes que cualquiera otra cosa, el nombre de nuestras poetisas, pues no sé qué triste suerte cabe siempre á México en las publicaciones extranjeras, que nunca se le hace cumplida justicia, único favor, si así puede llamarse, que nos atrevemos á pedir á los extraños que hablan de nosotros. Presentía yo que el Sr. Cortés, como tantos otros, habría relegado al último y más pobre lugar á las poetisas mexicanas, y tenía yo cierto temor de que el compilador sud-americano hubiese publicado su libro sin contar con datos seguros para hacer una obra buena. Aumentáronse mis temores al leer en la *Revista Universal*

un artículo escrito por el Sr. Martí en el que, con ese estilo brillante que le caracteriza, indicaba el poco acierto del Sr. Cortés en la elección de las composiciones de las poetisas de Cuba. Antier hubo de llegar á mis manos el libro en cuestión. Realizáronse mis temores y deploré, una vez más, la ligereza con que proceden muchas veces las personas al formar una obra, destinada á circular profusamente y á dar idea del movimiento intelectual de los pueblos.

No me detendré á señalar á vd. todos y cada uno de los defectos de que adolece la recopilación del Sr. Cortés, porque es otro el objeto que me impulsa á dirigir á vd. esta carta. Con pena tengo que decir á vd. sencillamente que el libro no puede ser peor. La mayor parte de los nombres que en él figuran me son perfectamente conocidos, y he echado de menos las más inspiradas, las más correctas poesías debidas á la musa hispano-americana. Lástima grande que tan esmerada edición no corresponda al mérito literario de la obra!

México está representado por Dolores Guerrero, Isabel Prieto, Esther Tapia y Mercedes Salazar de Cámara, esta última totalmente desconocida entre nosotros.

De Dolores Guerrero sólo pone el Sr. Cortés la poesía intitulada « A una estrella », que no es, sin duda, la mejor, sino la menos bella, la menos importante de sus composiciones, y deja en olvido sus apasionados versos eróticos, cuya inmensa ternura conquistó, para la autora, el renombre de poetisa.

De Esther Tapia, « Dios » y « El genio ».

De Isabel Prieto, « La caída de las hojas » y « Las dos primaveras ».

De Mercedes Salazar de Cámara...

Aquí tengo que detenerme más, porque ese nombre desconocido es el que ha motivado estas líneas.

Es una cosa que llama verdaderamente la atención que en un libro en que se han omitido tantos nombres dignos de figurar en él, aparezca uno que tal vez sólo exista en la mente del Sr. Cortés. No creo necesario enumerar á vd. los nombres de las poetisas cuya ausencia he notado. Mejor que yo las conoce vd., y bástemele decirle quiénes han merecido del Sr. Cortés la honra de formar parte de su recopilación. Pero volviendo á Mercedes Salazar de Cámara, sepa vd., mi querido amigo, que al llegar á la página 305 de las « Poetisas americanas », hallé que se le atribuye á esa incógnita señora la poesía que, con el título de « A Ofe- lia Plissé, en su álbum », publicó vd. en las páginas 125 y siguientes de sus preciosas *Rimas*. Gracias á que no tengo tan mala memoria, y más aún á la circunstancia de ser esa poesía una de las que, entre las de vd., he leído siempre con sumo placer, descubrí al punto el plagio. He comparado ambas ediciones, es decir, la del tomo publicado por el Sr. Cortés en París, y la que escribió vd., en Acapulco en Julio de 1865, y publicó entre sus *Rimas*.

Hay algunas ligeras variaciones en la primera, como verá vd. por la copia que le acompaño, y la presunta autora se permitió mutilar la poesía al final; pero de tan desgraciada manera, que suprimió los siete últimos versos que completan el sentido de la composición, y que encierran, en mi concepto, nada menos que el pensamiento capital, y al mismo tiempo el más hermoso de toda la poesía.

Aunque esto de los plagios literarios ya no me sorprende porque á cada paso descubro uno nuevo, he creído útil llamar á vd. la atención en esta vez. Se trata ahora de un libro lujosamente impreso y encuadernado, y que según todas las probabilidades, obtendrá notable circulación, y es preciso evitar que llegué un día en que, al leer entre las poesías de vd. la que hoy aparece bajo el nombre de una señora, quien no le conozca, ponga en duda al verdadero autor.

Estos casos de plagios literarios van repitiéndose tan á menudo, que no hace muchos días descubrí que una señorita se apropia los versos no ya de un amante, sino de varios poetas mexicanos y extranjeros. El sábado, cayó en mis manos el libro del Sr. Cortés, y ayer, domingo, he leído en el *Monitor* una poesía de nuestro querido amigo Julian Montiel, publicada en 1861 en su colección, (página 53 y siguientes) poesía que, con el mayor desembarazo, se ha apropiado otra persona, permitiéndose mutilarla y estampando al pie su nombre. Creo, mi querido Nacho, que para cortar ese vergonzoso vicio de plagiar las obras literarias, no hay otro remedio como desenmascarar á los culpables.

Comprendo al que, acosado por el hambre y la miseria y exponiendo su existencia, roba una moneda que no ha podido proporcionarse de otra manera; pero no comprendo cómo sin necesidad alguna, se exponga á la vergüenza pública más tarde ó más temprano, el que quiere aparecer poeta ó escritor, cuando la naturaleza le ha negado las dotes que para serlo se requieren.

Como he dicho á vd., ese vicio se propaga, y me atrevo, por lo mismo, á solicitar la cooperación de vd. en la tarea, ingrata, pero útil, de extirparlo.

Siento que esta carta haya ido tomando mayores proporciones de las que al principio pensé darle. Mas ya que tengo la pluma en la mano, aprovecho la oportunidad para pedir su eficaz é inteligente ayuda, en la obra que intentamos Justo Sierra y yo.

La formación de la « Lira mexicana » no quedará en proyecto. Es una obra destinada á revelar los progresos de la literatura nacional, y es preciso llevarla á cabo con el esmero y la consagración que requiere. Excito á vd., pues, como amigo y como amante de las letras mexicanas, á que nos acompañe á formar esa obra, cuyo plan he manifestado á vd. ya.

Adiós, mi bueno y querido Nacho; espero que las brisas de la encantadora Jalapa, habrán alejado de vd. todo pensamiento triste y le habrán devuelto aquel ardor, aquel fervoroso entusiasmo con que en no lejanos días se consagraba vd. á las labores literarias, para bien de los que gustamos aprender deleitándonos.

Sabe vd. cuánto es el cariño y cuánta la estimación que le profesa.

FRANCISCO SOSA.



ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Á ORILLAS DEL MAR

	Págs.
Á Agustín	VII
Flor del alba.	3
La salida del sol	7
Los naranjos	10
Las abejas.	13
Las amapolas	19
Notas al Libro I	23
Al Atoyac	29
El Atoyac (en una creciente)	34
Cansancio	37
Al salir de Acapulco	42

LIBRO SEGUNDO

Á UNA SOMBRA

En la muerte de Carmen	47
Al pie del altar.	52
En su tumba.	54